

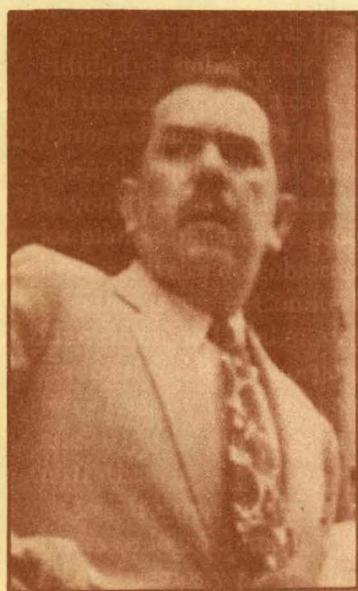
A pesar de todo,

Optimismo

SÁLVESE QUIEN PUEDA!, PARECE SER EL GRITO SENSUAL Y DISGREGADOR



POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Lázaro Cárdenas... su resolución no fue fácil, pero tampoco casual.

Ha renacido el cuento que se pone de moda en épocas críticas como esta, y que consiste en establecer la diferencia entre un optimista y un pesimista. El primero, el optimista, es quien piensa que como siga la economía el curso que tiene ahora, dentro de pocos meses vamos a comer sólo basura; en tanto que el pesimista piensa que no alcanzará esa basura para todos.

Ciertamente, el panorama que la economía, la política y la composición de las fuerzas sociales presentan delante de nosotros no es estimulante. Los datos negativos son abrumadores, pero no podemos negarnos a tenerlos presentes: el Estado, el protagonista de la estructura productiva, ya sea como participante o como regulador, pasa, y pasará aun más el año próximo, por una crisis financiera atroz. La devaluación le ha costado mucho dinero, no sólo por los perjuicios directos reflejados en su deuda y la de sus empresas, sino también porque la propia devaluación y el ajuste salarial correspondiente se han expresado en empobrecimiento fiscal originado en los muchos estímulos ofrecidos a las empresas. A riesgo de contradecir de modo flagrante su política económica, el gobierno está imposibilitado de reducir su personal, por lo que debe obrar el milagro de disminuir sus presupuestos, incrementar los salarios (que sólo en la administración central importan cinco mil millones de pesos) y no echar a nadie a la calle.

La inflación, por su parte, está saliendo de madre. Todo pronóstico respecto de su monto al finalizar este año está expuesto a fallar, porque se ha vuelto muy sensible la economía, y porque estamos dentro de círculos viciosos que puedan hacerla mudar de carácter de la noche a la mañana. Por ejemplo, las vacaciones de la semana pasada, que permitieron mantener activa la economía, comenzarán a tener reflejos verdaderos en la estructura de nuestra producción y consumo en unos meses más, como también lo tendrán la devaluación y los ajustes salariales. Aunque los estratos medios se quejan de que el gobierno azuza la inflación dándole vuelta a la manivela, es decir, imprimiendo billetes sin respaldo, muchos de sus miembros lo hacen también, cuando toman crédito y anticipan de ese modo la puesta en circulación de numerario que apenas están por ganar.

Muchos de los miembros de esos estratos medios no han variado sus comportamientos, ni sus patrones de consumo ante la crisis. En la Semana Santa, las líneas aéreas agotaron sus pasajes, las terminales de autobuses estuvieron repletas, los centros de turismo no padecieron desocupación. El fenómeno tiene dos caras, en lo económico y en lo social: por un lado, manifiesta irresponsabilidad frente a la crisis. Como decimos en Pachuca, esos estratos están viendo la procesión y no se hincan. Pero también se imprime, con ello, dinamismo a la economía, y se contribuye a que no llegue a ocurrir, en el corto plazo al menos, la horrible conjunción de los fenómenos inflacionario y de recesión. También supone, en el lado negativo, una fuga social, como la de los bebedores que lo son para olvidar; pero, en el lado positivo, manifiesta que no se ha perdido,

a pesar de todo, la disposición de ánimo para disfrutar la vida, y que se es capaz de ponerle al mal tiempo buena cara.

Esta actitud, sin embargo, puede acentuar la tendencia de nuestra sociedad a la disgregación, a ceder ante las tentaciones del sálvese quien pueda, de entregarnos al consumismo. Esta inclinación la oí expresada, hace poco, por Alberto Isaac, quien la ilustró imaginando que si hemos de viajar en el Titanic, que sea en camarote de primera; a lo que Jorge Hernández Campos añadió que, mientras sobreviene el hundimiento, como pasajeros listos podemos darnos el lujo de convidar champaña y caviar para todos. Dicha proclividad cuenta, asimismo, entre los datos negativos de que se compone nuestro panorama.

Podríamos abundar en las tintas negras con que se traza este retrato de lo que ocurre a nuestro alrededor. Podríamos añadir que en los conglomerados urbanos la violencia social, derivada de la crisis, y también del propio hacinamiento esta aumentando cada día. Y para qué hablar de los abusos, coyunturales y de estructura, de no pocos comerciantes e industriales. Y de los políticos...

Pero no se trata de formular un rosario de quejas. Por lo contrario, creemos que no obstante las sombras que se ciernen sobre nuestra nación, y de las dificultades enormes, cuya magnitud no debe engañarnos, para superarlas, es posible hacerlo. No propugnamos un optimismo ingenuo, facilón, carente de fundamentos, sólo para forjarnos ilusiones. Antes bien, quisiéramos que la confianza en que podemos remontar la crisis tuviera asideros, y bases. Por ejemplo, sacados de la historia.

Si uno examina las circunstancias en que se fundó la nación mexicana, comprende con claridad que disponemos de fuerzas internas, como sociedad, capaces de sacarnos adelante, no obstante lo adversas que sean o parezcan ser las circunstancias. Al advertir la independencia, México contaba con casi nada para sobrevivir. Su economía estaba destrozada, no sólo por los estragos de la prolongada guerra, sino por la fuga de capitales que naturalmente se produjo al variar el estatuto político del país. El erario estaba exhausto, y debía no obstante canalizar sus escasos recursos hacia el gasto militar, no sólo por la inestabilidad inicial, sino también para asumir la defensa de una república que no era reconocida como tal por casi nadie, inexistencia jurídica que por lo demás no tenía sólo efectos retóricos: nadie quería otorgar crédito a un país que apenas estaba en gestación, de tal modo que debíamos rascarnos con nuestras propias uñas. Y sin embargo salimos adelante.

Medio siglo más tarde la situación se había de nuevo deteriorado. No pudimos cubrir nuestros compromisos financieros con el exterior y determinamos una moratoria en el pago de la deuda exterior. Constituyó esa actitud un desafío que las potencias de entonces no estaban en situación de soportar, y cargaron contra nosotros. El saldo militar, a la postre, nos fue favorable, si bien hubimos de sufrir lo indecible. No combatimos sólo con nuestras fuerzas, y eso nos acercó al poder más tarde imperial que con el tiempo nos cobraría con creces la solidaridad de aquella época. Pero mantuvimos a la nación a flote, como poco antes se había logrado tener erguida la cabeza frente a los poderes internos, singularmente la Iglesia, que se creyó capaz de doblegar a un Estado encarnado en liberales que hicieron liberal a la nación a pesar de ella misma.

Y más recientemente, el cardenismo nos ofrece otra lección de las capacidades nacionales para perdurar. La situación económica mundial, y la nuestra en particular llegó a ser, en esa etapa de la vida nacional, verdaderamente crítica. Y (sigue en la página 69)



QUERIDO "PUAS":
PIERDES EN
LA BASCULA

OPTIMISMO...

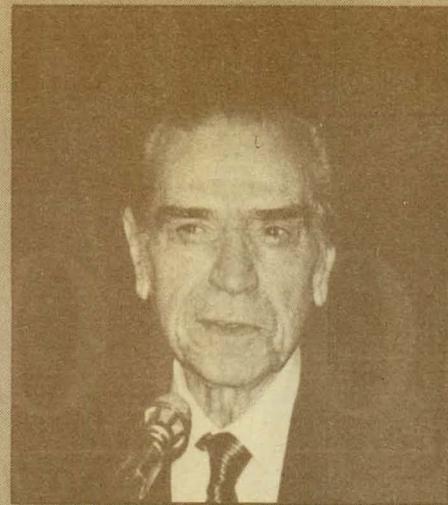
(Viene de la página 12) ello añadimos la decisión de enfrentar a las potencias petroleras. No debió ser fácil adoptar la resolución asumida por el presidente Cárdenas, pero tampoco fue casual, porque correspondía exactamente a las convicciones de ese mandatario y a su conocimiento y confianza en la población.

Las hemos visto negras, pues, y hemos salido de ellas. Don Hero Rodríguez Toro, ese ejemplar ser humano que desde hace dos años es consejero de prensa de las embajadas mexicanas en Europa, con sede en Madrid, solía decir, en días casi tan negros y deprimentes como los de hoy, que él confía también en las corrientes más vigorosas y vitales de la sociedad mexicana, pues a sus sesenta años de entonces recordaba que desde que tenía cinco escuchaba el pronóstico fúnebre de que a este país iba cargárselo, ya, la tía de las muchachas.

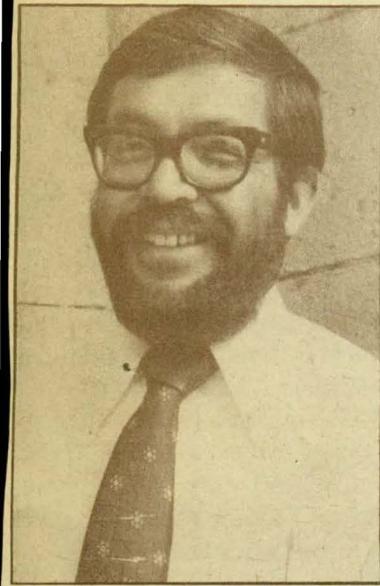
Y no ha sucedido así. Es cierto que no hemos pasado indemnes las crisis. Hemos pagado altos costos por ellas. Pero como en la sentencia clásica, también es cierto que lo que no consiguió quebrarnos nos ha consolidado. No perdamos, arrojándonos en el fatalismo o en el inmediatismo, la certidumbre de nuestras posibilidades. No lanzamos aquí una prédica, moralizante y retórica. Ofrecemos solamente, la convicción sacada del ayer, de que somos una república tan llena de vigor que por más esfuerzos que hemos hecho no hemos conseguido acabar con ella.

MARTINEZ DE LA VEGA,

El Paciente



POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Es la medianoche del domingo 17 de febrero cuando escribo este artículo, que entrego tardísimo abusando de la generosidad de don José Pagés Llergo, que lo querría tener mucho antes, para que el trabajo de edición de *Siempre!* no se entorpezca. He recibido, hace unos minutos, la noticia de que don Francisco Martínez de la Vega ha entrado en el quirófano del sanatorio Durango, para una intervención de emergencia. Sufrió otra hace dos días, pero ha sido menester operarlo de nuevo, porque su fatigado organismo no ha reaccionado bien.

Se comprende que así sea. Don Paco es, quizá, el paciente más asiduo de ese centro hospitalario, en que un grupo de médicos militares lo atiende desde hace diez casi diez años, de modo cada vez más frecuente por desgracia, y con maestría mezclada con

interés personal y calor humano. La intervención que se realiza a estas horas, primeras del lunes 18 de febrero, es tal vez la número veintitrés o veinticuatro que don Francisco ha padecido.

Hace treinta y siete años que sufrió la primera. Don Paco se encontraba en ese momento en la segunda breve interrupción de su carrera periodística. Esta se había iniciado en 1930. Doce años duró la primera etapa, en *El Nacional*. Allí don Paco había pasado de ser ayudante de la redacción a reportero de deportes en los primeros meses. Su tarea lo obligaba a quedarse hasta muy tarde en la redacción, de modo que se convirtió poco a poco, y de modo insensible, en reportero de guardia, dispuesto a cubrir cualquier emergencia, y luego en editor, por lo que andando el tiempo fue secretario y jefe de redacción. Ya lo era cuando un paisano famoso, Gonzalo N. Santos, fue elegido gobernador de San Luis Potosí —donde don Paco había nacido el 26 de agosto de 1909— y tomó posesión en septiembre de 1943. Santos, que iniciaba su cacicazgo en la región (luego de que había perdido su feudo allí mismo el general Cedillo) se mostró inteligente e invitó a su joven paisano a que fuese su secretario particular. Así volvió don Paco a su tierra natal, en esta primera interrupción de su carrera periodística. Poco duró la experiencia. Un día, delante de otras personas, hizo un reproche indirecto a Martínez de la Vega, ante una gestión cuyo resultado le era insatisfactorio: "Me equivoqué de secretario...", espetó. "Y yo de gobernador", respondió directo, inmediato, don Francisco que de ese modo expedito presentó su renuncia al primer cargo público que desempeñaría. Y volvió a *El Nacional*.

No estaría allí mucho tiempo. Un antiguo redactor del diario, el dentista campechano Héctor Pérez Martínez, fue nombrado secretario de Gobernación por el presidente Alemán, pero murió el 13 de febrero de 1948. Había podido designar director de *El Nacional* a Fernando Benítez quien poco después de la muerte de su amigo sintió que la relación con el subsecretario que quedó encargado del despacho, y que se llamaba Ernesto P. Uruchurtu, era insostenible. Un día tuvieron un mal encuentro telefónico y su dimisión se precipitó. De modo que pocas horas después, cuando entregaba la dirección del periódico a Guillermo Ibarra, hizo las presentaciones del caso: "Aquí, Martínez de la Vega, que es el jefe de redacción", dijo refiriéndose a don Paco, con quien ni siquiera había podido comentar su propia renuncia. "Era", sentenció breve don Francisco, "porque yo me voy con Fernando". Y así se marchó del diario en que durante casi 18 años había aprendido el oficio.

Desempleado de esa manera, su amigo César Martino lo llamó desde Guadalajara, donde realizaba obras públicas por contrato. En esta segunda interrupción de su carrera, que es a la que hemos querido referirnos desde el principio, sufrió don Paco un gran infortunio físico: viajaba en un jeep que se salió de la carretera jalisciense en que transitaba, arrojó a sus pasajeros y finalmente cayó sobre don Paco. El brazo izquierdo quedó hecho una pulpa, inservible casi. Pero el doctor Rafael Moreno Valle (a quien con acierto llama "San Rafael" el profesor Carlos Hank González) se empeñó en restaurárselo. Y lo hizo entrar en el quirófano una y otra vez, hasta que se lo ligó al cuerpo. Era imposible que el brazo quedara bien. Fue un logro casi increíble, sin embargo, el que no hubieran debido amputarlo. Sin ánimo de menoscabar la diligente labor de arquitectura médica cumplida por Moreno Valle, hemos de decir que perder el brazo no hubiera sido una tragedia para don Paco, que hubiera encarado la carencia con el buen humor que todos quienes le conocen han disfrutado y que le lleva a decir, cuando se le pregunta si su brazo izquierdo está por completo inerte, que no, que le sirve para mover el espaciador en la máquina de escribir en la que trabaja.

La restauración del brazo, y posteriores complicaciones que acudían al maltrecho cuerpo de don Francisco de vez en cuando, obligaron a que las operaciones por ese concepto llegaran a doce. Muchas, demasiadas, diría uno; pero no todas las necesarias para templar en ese sentido el espíritu de Martínez de la Vega, tan hecho a las duras batallas de la prensa y la política. Cuando fue al henriquismo, es decir, a una campaña distinguida por su austeridad y su aspereza, don Paco andaba a veces, con el brazo enyesado, resultante de sus idas al sanatorio.

Vinieron después los años fecundos de la fundación de *Siempre!*, de la diputación y la gubernatura de San Luis, de la vuelta al periodismo; los días en que uno leía "En la esquina"; los años en que había que combatir, don Paco, en el doble frente de la tribuna periodística y la conversación privada, por la libertad de los presos políticos y por los derechos de los sindicalistas democráticos. Y vinieron, por desgracia, nuevas complicaciones de salud. La primera de las manifestaciones de una mala circulación sanguínea que denunciaba de ese modo la vehemencia cordial con que don Francisco se había entregado hasta entonces a la vida, tuvo lugar en España, en 1977.

Don Francisco se había rehusado a visitar la península como muchos republicanos nacidos allá, como republicano español nacido aquí que era él, hasta que muriera Franco. De modo que allá andaba, en compañía de ese hermano-hijo que es para él el generoso Alberto Peniche, cuando tuvo el primer percance, una trombosis en la pierna izquierda, que ha sido desde entonces la que mayores problemas le ha causado. A partir de ese momento, para restaurarle la fluidez de la corriente sanguínea, sus médicos lo han llevado al sanatorio una y otra vez, hasta romper el récord de las operaciones relacionadas con el brazo.

Ni eso ha podido arrancarle el buen humor a don Paco. Encontróse una vez con un personaje, de unos cuarenta años, que lo saludó con voz apagada, que era apenas un silbido. "¿Qué le pasa", preguntó extrañado don Francisco. "Es que me acaban de colocar un marcapaso", explicó con su inaudible y lastimera voz el interlocutor: "Oiga, a mí también, y tengo treinta años mas que usted..." replicó don Francisco, que dejó en puntos suspensivos el obvio "...y no me quejo".

Hace unos cuatro o cinco años, acudió a pedido mío a visitar al padre de una amiga mía, conturbado por la inminencia de una operación semejante a las muchas que don Paco había sufrido. Con la risa cordial que tanto le agradecemos, se presentó ante aquella persona de su misma edad como un experto en esos menesteres, y le dio solidaridad y alivio en un trance difícil. ¡Cómo quisiéramos poder revivir, ahora teniéndolo a él como destinatario, la calidez de aquellas sus palabras!